



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 51.

JUEVES 18 DE FEBRERO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL AVESTRUZ DE AFRICA.—EL COMPROMISO DE CASPE, (Conclusion.) por Florencio Janer.—CUENTOS MORALES: ZUMA, ó EL DESCUBRIMIENTO DE LA QUININA. (Continuacion), por Madama de Genlis.—A MI HERMANA ELOISA: ALY-ATHAN, Romance morisco, por Adolfo Miralles de Imperial.—EL DUQUE DE VENDOME.—GLORIAS DE LA VIDA, por Adrian Viudes Giron.—NOCTURNO, (del alemán), por Enrique Heine.—FRANCFORT SOBRE EL MAIN.—SONETO, por Manuel María Guillen.—LAS DOS HERMANAS, por Melchor de Palau.—DELIRIOS, por Manuel Valcárcel.—PUBLICACION BARATISIMA.

EL AVESTRUZ DE AFRICA.

El avestruz es una ave propia y peculiar del Africa, asi como de las islas cercanas á su continente y de los puntos confinantes del Asia: y cierto que aquellas regiones en cuyo suelo reconocen su pais natal el camello, el rinoceronte, el elefante y otros varios animales corpulentos, debian ser tambien la patria de un ave que es entre las demás lo que el elefante entre los cuadrúpedos. Hállanse muchísimos en las montañas situadas al Sudoeste de Alejandria, segun el doctor Pococke: cierto misionero dice que tambien se les encuentra en Goa, aunque mucho menos sin comparacion que en Arabia; Filóstrato asegura todavía que Apolonio los encontró hasta mas allá del Ganges, lo que sin embargo debió sin duda ser en los tiempos remotos, cuando estaban aquellos paises mucho menos poblados que en el día. Asi es que los viajeros modernos no han visto allí mas avestruces que aquellos que se llevaron de otras partes; y todos están acordes en que apenas suelen separarse mas allá de 35 grados de latitud por ambas partes de la línea: mas como el avestruz carece de la facultad de volar, se halla por lo mismo en igual caso que todos los cuadrúpedos originarios de los parajes meridionales del antiguo continente, sin que pueda haberse trasferido al nuevo; y hé aquí la razon por qué no se encuentra esta especie en América, bien que se haya dado su nombre al Tuyú, ave que se le parece en cuanto no puede volar y presenta otras varias relaciones de semejanza,

pero que pertenece á una especie totalmente distinta, segun veremos luego en su historia. Por otro tanto no se le ha encontrado jamás en Europa, donde sin embargo no le hubieran faltado climas favorables para su propagacion y sustento en la Morea ó hácia el Mediodia de España y de Italia; mas para trasladarse á esas comarcas hubiera sido preciso atravesar los mares que le separaban de las mismas, cosa que le era totalmente imposible, ó bien dar la vuelta, subiendo hasta 50 grados de latitud, para volver por el Norte, atravesando varias regiones muy pobladas: obstáculo mas insuperable todavía relativamente á la emigracion de un animal, cuya familia solo puede progresar en paises cálidos y en los desiertos.

Tadamosto y otros viajeros que probaron los huevos del avestruz dicen haberlos hallado de sabor agradable. De-Brue y Le-Maire aseguran que en uno solo hay comida para ocho personas; y otros que su peso equivale á treinta huevos de Gallina, lo que dista mucho todavía de quince libras.

Con su cáscara se hace una suerte de copas que se van despues endureciendo, y adquieren cierta semejanza con el marfil.

Cuando los árabes matan un avestruz le abren desde luego la garganta, y atando la incision un poco mas abajo, lo toman entre cuatro ó cinco, lo menean, lo revuelven por todos lados, sovándolo con fuerza de la misma suerte que se practica para hinchar los pellejos y lavarlos; y desatando en seguida la ligadura, sale por el agujero una cantidad considerable de manteca, cuya consistencia viene á ser como de aceite cuajado, en términos que se sacan á veces veinte ó mas libras de un solo animal. Esta manteca no es otra cosa que su sangre mezclada, no con la carne, conforme se ha querido suponer, respecto de que no la tienen absolutamente ni en el vientre ni en el pecho; sino con aquella especie de grasa que forma una capa de muchas pulgadas sobre los intestinos de los avestruces que están gordos, segun tenemos ya referido: los habitantes del pais

afirman que es muy buena para comer, pero que suele causar diarrea.

Los etioopes desuellan estas aves, y venden sus pieles á los mercaderes de Alejandria, con cuyo cuero, respecto de ser muy recio, se hacian en otro tiempo los árabes cierta especie de gabanes que les servian de coraza y de broquel; y Belon dice haber visto gran cantidad de ellas con todas sus plumas en las tiendas de aquella ciudad. Las prolongadas y blancas plumas de su cola y alas han sido tenidas siempre en mucho precio; y los antiguos las empleaban como adorno y distintivo militar desde que se abandonaron los plumajes de cisne, por cuanto siempre tuvieron las aves el privilegio de regalar con una parte de sus atavíos y galas, no menos á las naciones civilizadas, que á las incultas y salvajes. Aldrovando nos dice que se ven todavía en Roma dos estatuas antiguas, una de Minerva y otra de Pirro, cuyos cascos están adornados de plumas de avestruz; y es muy probable que sucediese lo mismo con respecto á los capataces de los soldados romanos de que habla Polibio, cuyo penacho consistia en tres plumas negras ó encarnadas de un codo de alto, que es precisamente la longitud de las grandes plumas del avestruz. Sin ir tan lejos, aun hoy dia entre los turcos el genízaro que se distingue con alguna hazaña militar, tiene el derecho de decorar su turbante con estas plumas; y la sultana en su serrallo, aspirando á victorias mas tiernas y agradables, las admite con gusto en su tocado. En el reino de Congo se mezclan estas plumas con las del pavo real para formar insignias militares; y las damas de Inglaterra y de Italia hacen con ellas una especie de abanicos; siendo muy sabido además el prodigioso consumo que se hace en Europa de las mismas para sombreros, cascos, trages de teatro, muebles y doseles; para las ceremonias fúnebres, y aun para adorno de las mujeres, en cuyo caso, especialmente, es preciso confesar que producen muy buen efecto, ya sea por sus colores naturales ó artificiales, ó ya por su movimiento undulatorio y ga-

cioso: en este concepto, pues, no debe ignorarse que las plumas mas apreciadas son aquellas que se arrancan al animal cuando vivo, lo cual puede conocerse si da el cañon un humor sanguinolento apretándolo con los dedos; por cuanto las que se arrancan despues de muerta el ave, son secas, ligeras, y están sujetas á apolillarse.

Segun el testimonio comun de los viajeros, se domestican los avestruces con facilidad, especialmente cuando jóvenes; infiriéndose de ahí que si bien su especie es habitante del desierto, no por esto son los individuos tan ariscos é indomables como nos pudiéramos figurar. Los moradores de Dara, los de la Libia, etc., crían manadas de estas aves, y de ellas, sacan sin duda las plumas de primera calidad, que solo pueden hallarse en los avestruces vivos: ni aun se necesita el mayor cuidado para domesticarlos, supuesto que les basta el solo hábito de ver á los Hombres y de recibir de ellos la manutencion y buen trato. Brue compró dos en Serimpata en la costa de Africa, y al llegar al fuerte de San Luis los halló ya domesticados.

Mas no solamente se les domestica, sino que tambien se ha llegado á domar algunos hasta el punto de poder ir montado en ellos como en un caballo, lo cual tampoco es invencion moderna, pues el tirano Firmio que reinaba en Egipto hacia fines del siglo III, se hacia llevar, segun dicen, por grandes avestruces. El inglés Moore dice que hallándose en Africa vió en Joar á un hombre que viajaba sobre una de estas aves. Vallisnieri habla de cierto jóven que se habia presentado en Venecia montado encima de un avestruz, con el cual daba varias vueltas delante del populacho; y por último, Adanson vió dos avestruces todavia muy jóvenes en la factoría de Podor, el mas robusto de los cuales aventajaba en su veloz carrera al mejor caballo inglés, sin embargo de que llevaba dos negros encima. Así, pues, de todo lo referido se puede inferir que estos animales son de condicion testaruda, bien que susceptibles por otra parte de cierto grado de domesticidad; y que si llegan hasta dejarse conducir en manadas, volver al redil y sufrir aun que se vaya montado en ellos, es sin embargo difícil y aun tal vez imposible reducirles á obedecer.

EL COMPROMISO DE CASPE.

(CONCLUSION.)

Ni paraban aquí las alegaciones de los letrados del conde don Jaime para probar el mejor derecho de éste; pues pretendieron tambien demostrar que la reina doña Leonor, madre del infante don Fernando, habia renunciado, cuando casó, al que le competia y pudiera competirle, y que por lo mismo no podia legalmente el infante disputar una diadema que habia renunciado su madre. No dejó este aserto de llamar en gran manera la atencion de los compromisarios, pues que á ser verdadero, destruía el derecho del vencedor de Antequera; y para quedar plenamente satisfechos, mandaron buscar dicha renuncia, fiando esta diligencia al celo de los diputados catalanes. En 16 de abril de 1412, contestaban estos que nada constaba en los esponsales y escrituras de la infanta respecto de semejante renuncia. Habíanse celebrado las bodas con motivo de paces ajustadas entre ambos reinos, siendo embajadores Ramon de Alamany y Bernardo de Mompalau; é interrogado el último, cuya venerable edad infundia gran respeto, aseguró que no se hallaria el documento que se buscaba, porque si bien se exigió por parte del rey de Aragon, no quiso venir en que se otorgara el de Castilla. Fundaban, por último, su derecho los condes de Urgel en la inmemorial posesion, en que estaban de su llamamiento á la corona, siempre que faltaba la línea de los monarcas aragoneses, pues se tenia en tal estima y alcanzaba tal preferencia aquel condado, que se reservaba para los hijos segundos de la casa y línea real, los cuales, faltando el pri-

mogénito, ocupaban el sόlio; habiendo sucedido así cuando murió Wifredo sin hijos, y heredó Borrel, conde de Urgel, y tambien cuado por la renuncia del infante don Jaime á la primogenitura, heredó el infante don Alfonso.

No dejaban tampoco los abogados del conde de Urgel de recomendar el tan ponderado, aunque algun tanto forzoso comportamiento de don Jaime, licenciando sus soldados, sobreseyendo en el ejercicio de la lugartenencia, tan luego como falleció su tio don Martin, y esperando confiado, aunque no tranquilo, en la fidelidad de los pueblos el fallo de aquel ruidoso pleito.

Poderosas y eficaces eran tambien las razones que alegaban los letrados del infante don Fernando, remontando sus averiguaciones á la época de la union de Aragon y Cataluña, y examinando desde aquel tiempo, con tanta exactitud como mesura, los derechos que asistían al príncipe castellano. La historia y los documentos justificativos fueron las pruebas principales, con que los defensores de don Fernando procuraron esclarecer el punto que se debatía, intentando averiguar ante todo la forma en que pertenecieron al rey don Alfonso, hijo de la reina doña Petronila, los Estados de Aragon, si por la donacion que obtuvo de la reina, ó por la que hizo don Ramiro en favor de su yerno, cuando casó su hija con el conde de Barcelona, Berenguer IV. Teniendo por cierto que solo era admisible lo último, derivaban sin dificultad alguna los derechos del rey don Alfonso, nieto de don Ramiro, no de la madre ni de la referida donacion, sino del suyo propio, heredado del abuelo. No debía, pues, dado este supuesto, atribuirse importancia alguna á la donacion de doña Petronila, porque no podia transmitir al hijo el reino que éste ya tenia *jure proprio*, sin que se le pudiese negar, pues era el pariente mas cercano del rey don Ramiro, como lo era asimismo el conde de Barcelona, su padre. Tomaban de aquí ocasion para pretender que el reino se heredaba por el derecho de sangre, que permite llamar á las transversales, cuando faltan las líneas de ascendientes y descendientes; y en este caso debía tenerse en cuenta el sexo, y el nacimiento ó la edad, precediendo el varon á la hembra, y el mozo al anciano, sin mirar al troco comun. Era esto además lo que comunmente se observaba en el reino de Aragon, causa por que heredó el mencionado don Alfonso los Estados de su abuelo don Ramiro, y no pudo llamar á las hijas, considerándose inválido su testamento por muchos letrados; y confirmábase todo lo espuesto con la última disposicion de la reina doña Petronila, en que llamaba solo á los descendientes varones, escluyendo las hembras.

En su testamento, hecho á 2 de las nonas de abril de 1152, decia, en efecto, la reina doña Petronila las siguientes palabras: *Si autem filia ex utero meo processerit, maritum eam honorifice vir meus comes jam dictus cum honore et pecunia, sicut melius ei placuerit, et remaneat viro meo prænominato solidè et liberè totum supradictum regnum cum omnibus sibi pertinentibus ad omnem voluntatem suam perficiendam*; con que quedaba patente la exclusion de las hembras, pues preferia dejar el reino en poder de su marido, no teniendo hijos varones, que no en manos de aquellas; y de aquí deducian que, tanto la condesa de Foix, y doña Violante, reina de Nápoles, como la infanta doña Isabel, eran inhábiles para sentarse en el trono vacante.

Con tan estudiadas razones venían los defensores del infante á parar en el deudo mas cercano del rey don Martin, sin cuidar de qué parte se derivaba el parentesco, sino mirando solo al grado; y proclamaban que era don Fernando de Castilla, á quien como tal tocaba la sucesion de la corona. Oponíaseles por parte de los letrados contrarios el testamento del rey don Jaime, que solo era favorable á los varones; pero aun así salían airoso los del infante, porque hallaban en él, que faltando sus hijos, llamaba á los nietos, hijos de doña Violante de

Castilla; faltando estos á los de doña Constanza, y en su lugar á los de doña Isabel, reina de Francia, y despues al varon mas cercano de su linaje, ó sea el mismo don Fernando; pues no teniendo hijos varones el rey don Pedro, habían de ser llamados los nietos varones de hija, que era hermana de padre y madre del último monarca.

Con empeño no menos decidido al que mostraban los defensores del conde y del infante, formulaban diversos y fuertes alegatos para probar la justicia de sus clientes, los abogados del duque de Gandia, del conde de Luna don Fadrique, y de los demás pretendientes. Dolíase don Fadrique de su mala ventura, que no dió tiempo para que fuese legitimado en vida del rey don Martin, su abuelo, pues entonces no hubieran llegado á tal extremo los sucesos; porque alejada de sí la nota de bastardía, hubiera continuado en el trono de Aragon la estirpe real de los Ramiros y de los Jaimes. Legitimado despues del fallecimiento de aquel soberano, parecia estar hábil para pretender la corona; pero bien sea que se tuviese por mas fundado el derecho de otros, bien que el suyo fuese algun tanto desatendido, desprovisto como se hallaba de respetables sostenedores, es lo cierto que no fue la corona colocada en sus sienes juveniles.

Harta perplejidad hubo, sin embargo, en el seno mismo del jurado de Caspe para declarar el sucesor de don Martin, esforzados diestramente los derechos de sus pretendientes, que mostraban en su ardoroso empeño el alto precio de la joya que pretendían. Era la corona de Aragon en aquellos tiempos una de las mas envidiadas y ricas del orbe cristiano. Sus navas arribaban á mil diferentes puertos, y florecia su comercio en todas partes, siendo buscados y preferidos los artefactos de aquel reino, con notable provecho para la riqueza interior del Estado. Por medio de las armas habia dado leyes á lejanas naciones, constituyendo con las ciencias y las artes arraigadas en su suelo, un pueblo libre, próspero, poderoso y respetado, si no temido de las demás naciones. ¿Qué mucho que anhelara cada uno de los pretendientes para su propia causa el fallo favorable de aquel tribunal solemne? Y si era de tal monta el asunto sobre que debían pronunciar definitiva sentencia los compromisarios, ¿cómo podrá estrañarse que anduvieran indecisos y aun discordes sobre cuál de aquellos próceres era mas acreedor á sentarse en el trono de todos ambicionado? Lo que no podemos determinar, lo que es todavia un misterio, y lo será tal vez para siempre, por la religiosa exactitud con que guardaron los nueve el juramento del sigilo, es la manera de controversia que se levantó en el seno de aquel respetable Areópago, así como los nombres de los que la suscitaron y sostuvieron, y los medios empleados para terminarla. Solo un escritor valenciano, Martin de Viciano, refiere que, sobre el fallo de la sucesion hubo gran discordia entre los jueces, «hasta tanto que fray Vicente Ferrer un dia les dijo estas palabras: Mirad no cureis mas de deteneros en acordar la sentencia: que la justicia da el derecho al infante don Ferrando de Castilla. Y esto é no otra cosa se hará, porque de lo alto procede y no de la tierra. É como Vicente Ferrer era persona á todos accepta y puesto en predicamento de sancta persona, sus palabras fueron tan eficaces que no le pudieron contradecir. Y desde entonces todos los jueces le siguieron. Y así acordaron la sentencia.»

Sea de esto lo que fuere, no hay duda que despues de haber consagrado los nueve compromisarios treinta dias consecutivos á oír religiosamente las razones y fundamentos, que cada letrado esponía en favor de su respectivo patrono; despues de examinar con madurez los derechos de cada uno, queriendo proceder con la mayor circunspeccion en asunto tan difícil, acordaron prorogar un mes, de los dos que en caso de necesidad tenían concedidos, sus importantes sesiones. Al fin, el 24 de junio, viernes, dia de San Juan Bautista, se

procedió á la eleccion; siendo muy digno de notarse que, á pesar de tener fray Vicente Ferrer el octavo lugar entre los compromisarios, y á pesar de contarse entre ellos un arzobispo y un obispo, entrambos muy doctos, fue aquel santo varon el primero que dió su voto, diciendo en alta voz que en Dios y en conciencia declaraba que la corona de Aragón pertenecía de derecho al infante de Castilla don Fernando, comonieto de don Pedro III, sobrino del último rey don Martin, y por consecuencia el mas inmediato pariente de este monarca. Siguiéronle sin vacilar el obispo de Huesca, Bonifacio Ferrer, Bernardo de Gualbes, Francisco de Aranda y Berenguer de Bardaxí, espresando su conformidad con las siguientes palabras: *In omnibus et per omnia adhero voto et intentioni predicti domini magistri Vicentii*. Pero disintieron de este dictamen los tres jueces restantes, esponiendo Pedro Beltran que desde 18 de mayo, en que entró á reemplazar á Ginés Rabassa, no habia tenido tiempo de conocer á fondo la cuestion, por lo cual no podia emitir su voto en tan grave negocio, ni decidir sobre tan importantes derechos. Declaró el arzobispo de Tarragona, que si bien la eleccion del infante don Fernando la creia preferible para los pueblos en aquellas circunstancias, tenia por de mejores derechos al duque de Gandía y al conde de Urgel, entre los cuales podria elegirse el mas apto, por ser ambos parientes del último monarca en igual grado. Y opinó finalmente Guillen de Vallseca en el propio sentido que el arzobispo, añadiendo que tenia por mas útil y conveniente la eleccion del conde don Jaime. Asi por seis votos, en que habia jueces de cada reino, quedó elegido soberano de Aragón un príncipe castellano, alejados para siempre de aquella corona los últimos vástagos del esforzado conde de Wifredo el Velloso. Al día siguiente de haberse hecho la declaracion, estendióse el acta de la misma en presencia de Domingo de la Naja, Guillermo Saera y Ramon Fivaller, alcaides del castillo de Caspe, sacándose tres diferentes testimonios por seis notarios, dos de cada reino; testimonios que fueron entregados, uno al arzobispo de Tarragona, otro al obispo de Huesca, y otro á Bonifacio Ferrer, con objeto de que pudieran custodiarse en los archivos de Cataluña, Aragón y Valencia. Guardóse en todo secreto, hasta que se acordase el día en que se hiciera pública y solemnemente la proclamacion de aquella sentencia, que, como hemos ya indicado, no podia hallar modelo ni debia despues tener ninguna copia.

Señalado el día de San Pedro para tan peregrina ceremonia, hiciéronse varios preparativos con objeto de darle toda la magnificencia y magestad que realmente exigia. Jamás pudo contar el reino de Aragón un día tan memorable como aquel, en que por fin, veia terminadas las discordias civiles, y corria presuroso á Caspe para oír de los labios de varones, tan doctos como virtuosos, la solucion del mas ruidoso proceso que habian visto los siglos. Llegaba el momento en que los mismos pueblos se daban señor, y que aclamando un rey justo y piadoso, iban á colocarse debajo de la égida de la paz y de la ventura. Terminaban ya los tiempos de zozobra y de alarma, que, durante dos años, habian anublado el horizonte de la política, y pasaban por fin, cual si hubiesen sido furiosas ráfagas de un vendabal violento, aquellas horas de malestar y desconsuelo, de rencores y venganzas, que tras la muerte de don Martin *El Humano*, pusieron al borde del abismo sus dilatados reinos.

Pudo uñarse la villa de Caspe de consignar en sus anales día tan memorable bajo todos conceptos; pues llenas sus calles y plazas de innumerable gentío, no solo de Aragón, Valencia y Cataluña, sino tambien de Mallorca, Sicilia y Cerdeña, de Castilla, Francia é Italia, ofreció y presenció al par un espectáculo imponente y animado, así por la variedad de los trages nacionales y extranjeros,

como por el murmullo de tan diversas hablas.

En una colina cercana al castillo y no distante de la iglesia, cubierto de paños de seda y oro, y ostentando el escudo real de Aragón, levantábase un gran cadalso ó estrado dispuesto para los nueve varones que acababan de fallar aquel gran pleito: en ambos costados debian recibir á los embajadores de los pretendientes, á los síndicos y enviados de las ciudades; á los nobles, barones y caballeros, otros dos tablados ricamente entapizados de brocateles preciosos. Salieron los tres alcaides que habian custodiado el castillo con cien hombres de armas cada uno, cerrando la marcha Martin Martinez de Marcilla, que tremolaba el pendon real, colocándose en frente del catafalco que iban á ocupar los jueces. A las nueve de la mañana dejaron estos la sala del castillo, bajando con grande y lucido acompañamiento á la puerta de la iglesia, en donde habia un altar suntuosamente exornado, delante del cual, y en sitio de mayor preferencia, se sentaron los jueces. Veíase en medio el arzobispo de Tarragona, teniendo á la derecha á Bonifacio Ferrer, Guillen de Vallseca y Francisco de Aranda, y ostentándose á la izquierda Berenguer de Bardaxí, fray Vicente Ferrer, Bernardo de Gualbes y Pedro Beltran. Dijo la misa que fue del Espíritu-Santo, el obispo de Huesca, y terminada, subió al púlpito San Vicente Ferrer, pronunciando elocuente é inspirado sermon, á que sirvieron de tema las palabras del Apocalipsis: *Gaudemus et exultemus et demus gloriam ei, quia venerut nuptiae agni*: con aquel fuego y uncion evangélica que le hacian invencible, con aquella claridad y firmeza que le aseguraban el dominio de la muchedumbre, explicó fray Vicente las escelencias de la fe, y discuriendo despues sobre el gobierno y paz de los pueblos, vino á considerar los derechos de cada uno de los pretendientes, declarando la justicia, con que habian fallado el negocio de la sucesion, y leyendo, por último, la sentencia, que declaraba rey de Aragón á don Fernando, infante de Castilla.

Al pronunciar este nombre, prorumpieron los circunstantes en vítores y aclamaciones, poblando el aire de alegres armonías de los instrumentos músicos; y cada vez que San Vicente Ferrer repetia el nombre del elegido, exclamaba: *¡Viva, viva nuestro rey y señor don Fernando!* segundándose esta exclamacion por la inmensa multitud, con lo cual se ponía de manifesto la aficion que habia sabido conquistar el príncipe castellano. Levantaron los alcaides del castillo el estandarte real de Aragón ante el altar, mientras el clamoreo de las campanas, el ruido de los instrumentos marciales y el agudo sonido de las trompetas, junto con los aplausos del pueblo, terminaban aquella solemne ceremonia. Y saliendo de la plaza los alcaides mencionados, seguidos de la gente de armas y de inmenso gentío, recorrieron durante todo aquel día la villa de Caspe, gritando siempre con nuevo y creciente alborozo: *¡Viva, viva nuestro rey y señor don Fernando!*

FLORENCIO JANER.

CUENTOS MORALES.

ZUMA Ó EL DESCUBRIMIENTO DE LA QUININA.

(CONTINUACION.)

En medio de los rigores de la esclavitud, habian siempre conservado los indios una especie de gobierno interior; nombraban á un jefe cuyas funciones misteriosas consistian en reunirlos por la noche, en ciertas épocas, para renovar sus juramentos, y á veces para designar algunas víctimas entre sus enemigos... Los indios de los pueblos mas libres que los que estaban sujetos en el palacio de los vireyes, ó que los que estaban empleados en los trabajos públicos, no dejaban nunca de asistir á las reuniones nocturnas que por lo regular se celebraban en medio de las montañas, en

sitios desiertos, á los que tan solo se llegaba por caminos intransitables para los europeos. Mas para ellos eran si no el asilo feliz de la libertad, al menos el único refugio contra la tiranía. En aquel tiempo, su jefe secreto y supremo (pues tenia varios) se llamaba Ximeo. Irritada por la desgracia y por injusticias particulares, su alma, naturalmente grande y generosa, se habia cerrado hacia largo tiempo á todos los sentimientos dulces y tiernos. Una indignacion vehemente, que ningun principio contenia, habia acabado, exaltándose de día en día, por volverle bárbaro y feroz. Sin embargo, la bajeza y la cobardía de los envenenamientos le repugnaba sobremanera: nunca habia empleado tan horribles medios de venganza y hasta se los prohibia á sus compañeros; nunca habia aprobado ninguna de las atrocidades que se habian cometido. Ximeo era padre, tenia á un hijo único llamado Mirvan, á quien queria entrañablemente, y al que habia inspirado parte de su odio contra los españoles. Mirvan estaba casado hacia tres años con Zuma, la mas bella de las Indias de las cercanías de Lima. La tierna Zuma era la felicidad de su esposo y no vivia mas que para él y para su hijo de dos años.

Otro de los jefes, Azan, era despues de Ximeo, el que mas ascendiente tenia sobre los indios. Azan era violento y cruel, y ninguna virtud reprimia en su interior el instinto de la barbarie de que se hallaba poseído. Los dos jefes creian tener un origen ilustre; se vanagloriaban de descender de la raza real de los incas.

Algunos días antes de la llegada del nuevo virey, convocó Ximeo, para la noche siguiente, una asamblea nocturna en la colina del *árbol de la salud* (así llamaban ellos el árbol de la quinina), y cuando estuvieron todos reunidos les dijo: «Amigos, un nuevo tirano va á reinar sobre nosotros: renovemos los juramentos de nuestra justa venganza. ¡Ah, no podemos pronunciarlos sino en medio de las tinieblas! ¡Hijos desventurados del sol, estamos reducidos á ocultarnos en las sombras de la noche!... Repitamos en torno del *árbol de la salud* la fórmula terrible que nos compromete á guardar para siempre nuestros secretos.»

Ximeo, con voz mas alta y con acento fuerte, exclamó entonces: «¡Juramos no descubrir nunca á los hijos de la Europa las virtudes divinas de este árbol sagrado, único bien que nos queda! ¡Desgraciado del indio infiel y perjuro que, seducido por falsas virtudes, ó por temor y debilidad, revele este secreto á los destructores de sus dioses, de sus soberanos y de su patria! ¡Desgraciado del cobarde que entregue este tesoro de salud á los bárbaros que nos avasallan, y cuyos padres incendiaron nuestros templos, nuestras ciudades, invadieron nuestros campos y se cubrieron con la sangre de nuestros abuelos, despues de haberles hecho sufrir los mas horribles suplicios!... ¡Que guarden el oro que nos han arrebatado, y del cual son insaciables; ese oro que tantos crímenes les ha costado: guardemos al menos para nosotros solos este don del cielo!... Si entre nosotros se hallara algun traidor, juremos perseguirle y esterminarle, aunque fuera nuestro padre, nuestro hermano ó nuestro hijo; juremos, si está casado, perseguir en él á su mujer y á sus hijos, si ellos mismos no le han denunciado; y si sus hijos duermen aun en la cama, inmolarlos, con el fin de esterminar su culpable raza... Amigos, hagamos mutuamente y del fondo del alma, estos temibles juramentos cuya fórmula nos han dejado nuestros padres, y que tantas veces habeis ya pronunciado.—Si, si, respondieron á la par todos los indios, pronunciando estas imprecaciones contra el que descubra este secreto; juramos guardarlo con inviolable fidelidad, y sufrir, si fuera menester, los mas horribles tormentos y la muerte, antes que revelarlo.—Considerad, dijo el feroz Azan, considerad que en los primeros tiempos de nuestra esclavitud, en aquellos tiempos en que millares de indios sufrieron los mas horribles tormentos, ninguno quiso salvar su vida descu-

briendo este secreto, que nuestros pueblos guardan desde hace mas de doscientos años!... ¡Pensad si hay suplicio bastante grande para el que lo revelara!... En cuanto á mí, juro que si entre nosotros existe algun indio capaz de semejante crimen, mi misma mano le dará la muerte; y si el traidor tuviera mujer é hijos, juro tambien matarlos á puñaladas...»

Este discurso feroz no se habia pronunciado

sin intencion. Azan odiaba al jóven Mirvan, hijo de Ximeo, no solo porque no encontraba en él bastante encono contra los españoles, sino especialmente porque envidiaba la felicidad de que disfrutaba Mirvan al lado de la bella Zuma y de su hijo querido; los malos son siempre envidiosos.

«Azan, prosiguió Mirvan, se puede ser fiel á su palabra sin ser tan feroz como tú; ninguno

de nosotros es capaz de un perjurio; tus amenazas no asustan á nadie y son inútiles: ¿quién ignora que para ser feroz, no necesitas ni traidores que perseguir ni crimenes que castigar?»

Azan irritado iba á contestar, pero Ximeo evitó una disputa violenta, diciendo cuán imprudente y peligroso era prolongar inútilmente las reuniones clandestinas y nocturnas, al momento se retiraron todos.



El avestruz de Africa.

Los indios, obligados á disimular, conservaban siempre en apariencia el respeto y la sumisión. Una multitud de jóvenes indias con canastillos de flores esperó á las puertas de Lima la llegada de la vireina. Zuma se hallaba de las primeras y la condesa quedó tan sorprendida al ver su belleza, su gracia y la dulzura de su fisonomía, que pocos días despues quiso que formara parte de las esclavas indias empleadas en el servicio particular de sus aposentos y de su persona. Este favor pareció á Beatriz amiga de la condesa una imprudencia; llena la imaginación de cuanto habia oido contar acerca de la perfidia de los indios, se entregaba á todos los siniestros temores que pueden inspirar la desconfianza: tenia escusa, porque temia por su amiga y no por sí misma. Vió con pesar la amistad que la vireina profesaba á una india; las doncellas de la condesa

se aprovecharon de la flaqueza de Beatriz para prevenirla contra Zuma; le dijeron que Zuma era falsa, disimulada, ambiciosa y presumida; que no queria á la condesa y que aborrecia á los españoles. Fueron aun mas lejos y la atribuyeron palabras extravagantes. Beatriz no creyó todo lo que le dijeron, pero experimentó cierta inquietud que le inspiró verdadera aversion contra Zuma; esta enemistad llegó á ser tanto mayor cuanto que fue absolutamente imposible perjudicar á Zuma á quien la vireina queria mas cada dia, por lo mismo que era objeto de tanta injusticia, de tanto odio y de tanta calumnia. Zuma, por su parte, profesaba el mas tierno afecto á la condesa; para evitar, sin embargo, escenas desagradables, se quedaba encerrada en su cuarto y no parecia si la condesa no la mandaba llamar.

El virey hacia todo lo posible para ser que-

rado de los indios; mas estos habian visto á varios vireyes mostrarse al principio buenos, justos y afables y desmentir al poco tiempo todas esas apariencias; de modo que la bondad real del conde no hizo ninguna impresion sobre ellos. La miraron como una falsedad ó como una debilidad causada por el miedo que habia inspirado la muerte repentina del secretario del último virey.

Hacia ya cuatro meses que la condesa estaba en Lima y su salud se iba visiblemente alterando. Este cambio se atribuyó al principio al ardor del clima; pero aumentándose de dia en dia sus padecimientos, la corte se inquietó en verdad: por fin cayó enferma, acometida de violentas tercianas. Todos los remedios entonces conocidos fueron empleados, y ninguno produjo efecto. La inquietud de Beatriz no tuvo ya limites; hizo varias preguntas al

médico que habían traído de España y éste, no pudiendo curar la enfermedad, habló de ella misteriosamente, dando á entender que la atribuía á una causa extraordinaria que le era desconocida. Su turbación, sus reticencias, todo dió á Beatriz la horrible idea de que su amiga moría envenenada. Desde entonces no tuvo un momento de tranquilidad: ocultando á la condesa y al conde sus horribles sospechas, no pudo disimularlas á dos de las doncellas que las corroboraron. Mas ¿quién podía haber cometido tan horrendo crimen? Nadie mas que Zuma; Zuma que entraba libremente á toda hora en el aposento de la vireina. Mas ¿cómo podía cometer semejante atrocidad, después de haber recibido tantos beneficios de su señora? El odio tiene siempre respuestas para todo. Zuma era hipócrita, vana, ambicioso y además tenía una pasión secreta por el virey. En fin era india y estaba desde la infancia familiarizada con la idea de los mas horrendos crímenes.

Beatriz rechazó durante algunos dias tan funestas sospechas; pero veía que su amiga se iba muriendo y su terror no le dejó reflexionar ni observar por sus propios ojos; dió oídas á todas las acusaciones y creyó las mas extravagantes calumnias. La inquietud se apoderó tambien del conde; sin figurarse crímenes, se alarmaba al ver que la fiebre duraba tanto tiempo.

Una mejora aparente en el estado de la condesa dió sin embargo grandes esperanzas durante algunos dias. El médico respondió casi de la cura; las sospechas se aplacaron y Beatriz respiró. Sin embargo, no revocó las órdenes particulares que habia dado en secreto de observar á Zuma y de no dejarla nunca entrar en el gabinete donde se depositaban las bebidas de la condesa.

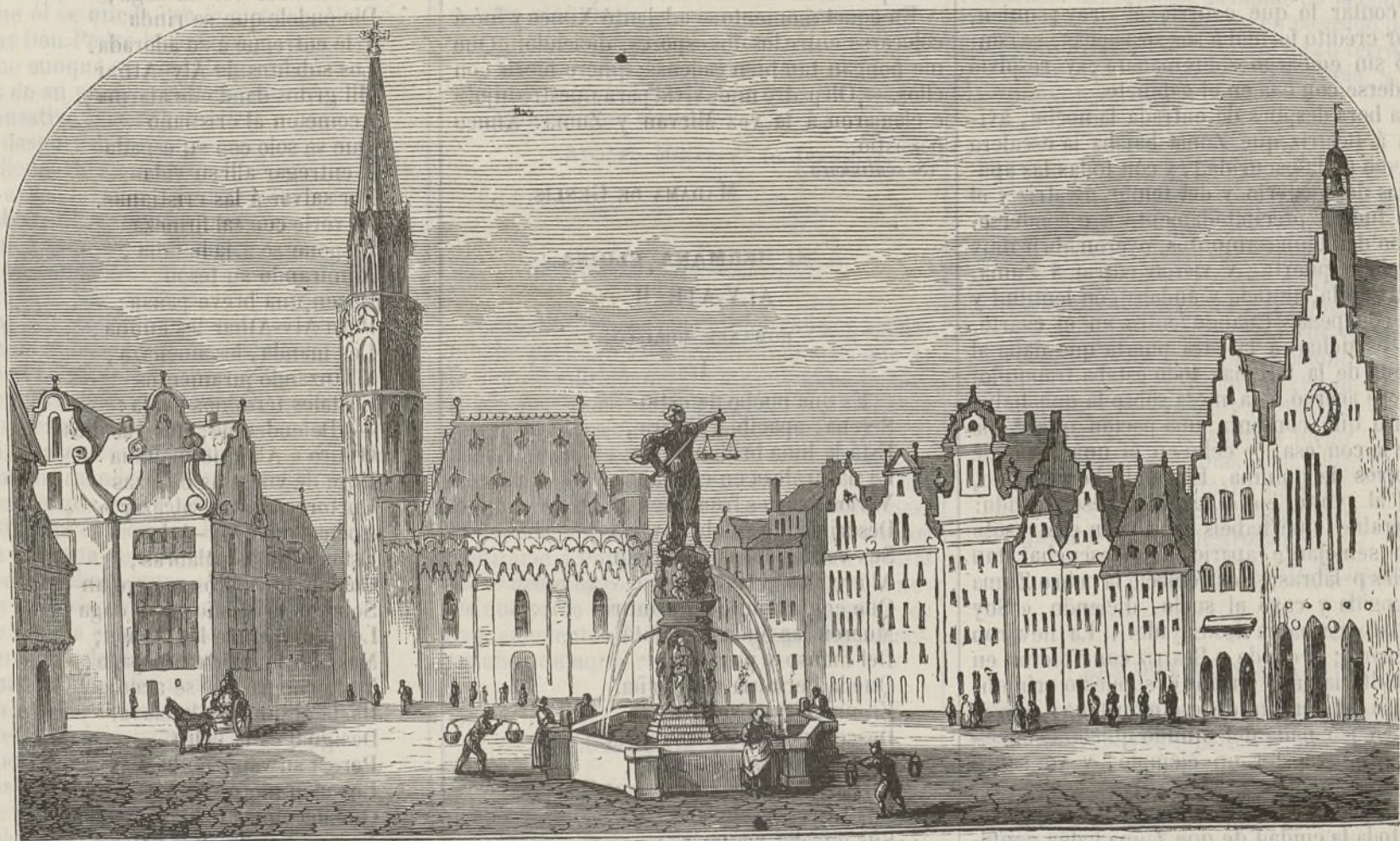
En medio de tan diversas agitaciones, Zuma no pensaba mas que en la vireina, á quien queria con la sinceridad del alma mas pu-



El duque de Vendome.

ra y agradecida; se afligia profundamente al considerar que existía un remedio infalible contra el mal que la consumía, y que era imposible indicárselo. Zuma conocía los horribles juramentos por medio de los cuales se habían comprometido los indios á no revelar jamás el secreto. Si no se hubiera espuesto mas que ella sola, hubiese hablado sin vacilar; mas esta relacion esponía á una muerte segura á su esposo y á su hijo. Tampoco ignoraba que el vengativo Xineo, para asegurarse mejor de su discrecion, habia entregado en rehenes su hijo querido al feroz Azan y á Chimir, otro de sus jefes, menos cruel que Azan, pero tan irritado contra los españoles. Por eso no se atrevió Zuma á confiar su pesar á Mirvan; disimulaba sus lágrimas y sufría en si-

lencio. Su afliccion se aumentó todavía mas: la esperanza que habia inspirado la condesa, desapareció por completo; la fiebre adquirió nuevas fuerzas; el médico anunció que abrigaba serios temores y que la condesa resistiría con dificultad á nuevos ataques de fiebre. La consternacion fue universal en todo el palacio. El conde y Beatriz estaban desesperados. La vireina comprendiendo cuán grave era su enfermedad, demostró tanto valor como piedad: siempre se hace con calma el sacrificio de la vida mas feliz, cuando ha sido perfectamente pura. Recibió los últimos sacramentos, se despidió tiernamente de su amiga y de su esposo, recomendándole la felicidad de los indios, y especialmente la de su querida Zuma; después de haber cumplido esos deberes, se echó en brazos de la religion. Zuma, cuya salud estaba resentida desde hacia tres meses, al presenciar tan patética escena, no pudo resistir á tanto dolor: aquella misma noche fue acometida de la enfermedad que mataba á la condesa, de tercianas. Después de dos ó tres ataques, le llevó Mirvan en secreto, con consentimiento de los indios los preciosos polvos que debían curarla, pero tan solo una dosis que renovaría todos los dias. Zuma recibió por la mañana la primera que debia tomar por la noche al acostarse. Cuando estuvo sola, contempló los polvos; sus lágrimas corrieron y levantando los ojos al cielo, dijo: «Gran Dios, tú eres quien me inspiras! No puedo salvarla sino inmolándome á mí misma; estoy resuelta á hacerlo. No revelaré el temible secreto, ni tampoco sospecharán en mí tanta abnegacion; atribuirán la cura de mi querida señora á los auxilios de la medicina. No espongo ni á Mirvan ni á mi hijo, ni habré faltado á nuestros juramentos: yo moriré, mas ella vivirá. ¿Qué importa la existencia de la pobre Zuma? ¿Cuánto mas preciosa es la vida de esa hija del cielo, providencia de los afligidos, generosa protectora del pobre y del esclavo! ¿No he oído todavía



Frankfort.

hace un momento su voz casi apagada rezar por los crueles indios que la dejan morir? ¡Oh bienhechora mía! ¡en medio de las sombras de la muerte, no te has olvidado de tu fiel Zuma! ¡He oído cómo tus labios pronunciaban y bendecían su nombre!... Sí, juro por la luz sagrada del sol, juro salvarte.»

Al decir estas palabras, envolvió Zuma los polvos de quinina, los escondió en el pecho, y se levantó: deteniéndose un momento, se puso á reflexionar en el medio de introducirse furtivamente en el gabinete donde estaban depositadas las bebidas de la condesa. No tenía la menor idea de las horribles sospechas de que era objeto, ni de las precauciones que tomaban para que no entrara en aquella estancia, ni ella, ni las demás esclavas indias; creía solamente que desde que la vireina estaba enferma, las doncellas españolas se habían reservado exclusivamente el servicio, interior ó por envidia ó por uno de esos usos de los que le hablaban tan á menudo, llamado *etiqueta*. Se decidió á no entrar en la estancia hasta la noche, figurándose que entonces no encontraría en él mas que á alguna doncella dormida; en caso contrario daría por pretexto que iba á preguntar por la condesa: queriendo al mismo tiempo examinar si podría introducirse sin pasar por el aposento de la vireina, bajó á un largo corredor que consideró detenidamente; pronto vió que una puerta de escape de la estancia daba al corredor, como se lo había figurado, y que la llave estaba en la puerta. Tomó la resolución de entrar cuando fuera de noche por aquel lado y se volvió á su cuarto.

Beatriz había mandado que acecharan con cuidado á Zuma, por lo cual le fueron á decir al momento que aquel mismo día había venido Mirvan á ver á Zuma; que una mujer había escuchado á la puerta, sin poder oír nada de lo que habían hablado en voz baja; pero que Mirvan al salir parecía muy agitado; que, bajando después Zuma al corredor, había estado examinando todas las puertas; que se había parado ante la del gabinete, cuidando antes de que nadie la sorprendiera; que por fin se había vuelto á su cuarto. Al oír este relato, se estremeció Beatriz; adivinó al instante que Zuma intentaba penetrar de noche en el gabinete; las doncellas recibieron orden de acechar el momento en que saliera de su cuarto, de avisarla sin demora y de marcharse del gabinete, dejando la llave en la puerta. Beatriz fué á contar lo que ocurría al virey; quien, sin dar crédito formal á sus sospechas, se conmovió sin embargo sobremanera, y resolvió esconderse con ella en el gabinete.

Una hora después de entrada la noche, avisaron á Beatriz que Zuma bajaba la escalera en medio de la oscuridad, y con todas las apariencias del misterio y del temor. Beatriz y el conde fueron precipitadamente á esconderse. Al cabo de algunos minutos, oyeron abrir muy despacio la puerta, y vieron entrar á Zuma. Estaba pálida, agitada y andaba con lentitud y como con pena. Cuando entró en el cuarto, fué á escuchar á la otra puerta que daba al aposento de la vireina; todo estaba tranquilo: Zuma se acercó á la mesa sobre la que había un vaso que contenía una poción que debía tomar la condesa, y echó en él una dosis de los polvos de quinina. El conde horrorizado, entró al punto en el gabinete exclamando: «¡Miserable, que habeis echado en ese vaso!»

Con semejante aparición, al escuchar tan terribles palabras, se estremeció la pobre Zuma sobrecogida y cayó al suelo, diciendo: «¡Soy perdida!» Se había desmayado... La llevaron a su cuarto; el conde y Beatriz convinieron en que ocultarían á la vireina el supuesto crimen. «Pediría el perdón de ese monstruo, dijo el conde, y por nada del mundo quisiera concederle; es menester un ejemplo, y yo sabré darlo.»

La noticia se divulgó al momento en palacio y por toda la ciudad de que Zuma había confesado que quería envenenar á la vireina. Aquella misma noche fue entregada á la justicia y

llevada á la cárcel. Mirvan al saber tan funesta noticia, fué á ver á Azan y á Thamir y les dijo: «Teneis en vuestro poder á mi hijo; prometme al menos que, si guardamos fielmente el secreto, entregareis después de nuestra muerte el niño á mi padre.—Lo juramos, contestó Azan, pero has de saber que la menor indiscreción le costaría la vida.—Sabremos morir, añadió Mirvan.»

Dichas estas palabras, se separó del feroz indio, y fué voluntariamente á la cárcel. Había adivinado en seguida la acción de Zuma, mas no podía justificarla sino esponiendo á su hijo á la rabia del cruel Azan; así es que resolvió morir con su desventurada mujer.

Al despuntar el día, se reunió el consejo para interrogar y juzgar á Mirvan y á Zuma. Se abrieron las puertas de la sala y se anunció á los indios que les estaba permitido entrar; acudió una multitud de ellos, conducidos por sus jefes secretos, Ximeo, Azan y Thamir. Los desventurados esposos parecieron al fin cargados de cadenas. Zuma, al ver á Mirvan, exclamó con vehemencia: «El no es culpable, no tiene ninguna parte en lo que yo he hecho; ignoraba mis intenciones.—Calla Zuma, interrumpió Mirvan, tu muerte está resuelta, ¿cómo piensas ahora en defender mi vida? No soy acusado y comparto voluntariamente tu suerte. Muramos con valor, Zuma, y nuestro hijo vivirá.»

Zuma comprendió el verdadero sentido de estas palabras; no contestó nada y prorumpió en lágrimas. El interrogatorio principió.

La infeliz india no pudo negar los hechos de que habían sido testigos Beatriz y el virey. Le preguntaron de quién había recibido los polvos que había echado en el vaso. «Yo se los he dado, contestó Mirvan.»

Zuma lo negó, asegurando de nuevo que su esposo había ignorado enteramente sus propósitos. «¿Y cuál era vuestro intento? le preguntaron.—No era el de envenenar á la vireina.—Entonces ¿por qué habeis empleado estos polvos? ¿Creiais emplear un remedio saludable?»

Zuma se estremeció al oír esta pregunta; sus ojos encontraron en aquel momento los del cruel Azan, cuya mirada amenazadora la llenó de espanto: le pareció verle degollando á su hijo. «No, no, dijo fuera de sí, no, no conozco ningún remedio saludable.—¿Era, pues, un veneno? Lo confesais.—Yo no confieso nada.—Responded entonces.—No puedo mas que callar.»

En aquel momento se adelantó Ximeo y fué á colocarse entre los dos esposos, diciendo: «Que me pongan tambien cadenas; quiero morir con ellos.—¡Oh padre mio, vivid para nuestro hijo!» exclamaron á la vez Mirvan y Zuma. Ximeo persistió.

(Se continuará.)

MADAMA DE GENLIS.

Á MI HERMANA ELOISA.

ALY-ATHAR.

ROMANCE MORISCO.

I.

Es una noche de estío
Serena, apacible y clara,
Está la luna brillante,
La naturaleza en calma.
Varios árboles frondosos
Describiendo sombras varias,
Sus verdes copas cimbrean
Al arrollé de las auras,
Que con un dulce murmurio
Mueren las ondas de plata
Del manso y puro Genil
Que la hermosa vega baña.
En una altura vecina,
Descollando entre las ramas
De los árboles del llano,
Un castillo se levanta.
Sus torres irregulares,
Sus ojivales ventanas,
Dan á entender desde luego
Que es algún árabe alcázar.

Allí el moro Aly-Athar vive,
Amigo desde la infancia
De Abu-Abdalla Mojamad
Rey árabe de Granada.

II.

Un rumor confuso viene
A turbar la dulce calma
En que reposa aquel sitio;
Al poco tiempo, á la clara
Luz de la luna se ven
Varios moros, que á dos damas
Conducen en sus caballos
Al pie del morisco alcázar.
Llevan todos albornoces,
Turbantes con cintas blancas,
Y desnudas sus gumias
Que sangrientas amenazan.
A juzgar por el vestido
Bordado de oro y de plata
Que un moro lleva y tambien
Por la avanzada distancia
A que le siguen sumisos
Los demás que le acompañan,
Bien se puede conocer
Que es caudillo del alcázar.
Cubierto viene de polvo,
El sudor su frente baña;
Pero aunque tanto le cuesta,
Trae dos cautivas cristianas,
Y este premio para él
Todas sus fatigas paga.
Es una de las cautivas
De ojos garzos, rubia y blanca;
La otra morena, ojos negros,
Y de cintura delgada.
Manda que vestidas sean
Al uso de sus esclavas,
Y que al salon solitario
De una torre sean llevadas.

III.

Se apea de su caballo
Que blancas espumas lanza;
Mas apenas deja en tierra
Sus armas y su coraza,
Un arrojado cristiano
Que á galope se acercara
En un ligero corcel
De la cordobesa casta,
Dando un salto sobre el moro
Le amenaza con su daga,
Diciéndole que se rinda
Y le entregue á su adorada.
Los súbditos de Aly-Athar
Mil gritos dando de alarma,
Acometen al cristiano
Que va solo con su espada
A entregar allí su vida
Por salvar á las cristianas.
Al verle con tal firmeza
Disponerse á la batalla,
Admirando su teson,
Hacen una breve pausa;
Pero Aly-Athar les anima,
Les manda, les amenaza,
Y lanzando juramentos
En tales términos habla:
—«Defendedme, mis vasallos,
O juro á Alá que mañana
Haré de vuestras cabezas
Un torreón á mi alcázar.»
Apenas dice Aly-Athar
Estas últimas palabras,
Cuando los moros se arrojan
Sobre el cristiano, y la daga
Le quitan entre las manos;
Mas aun le queda la espada,
Y al primero que se acerca
Hasta el puño se la clava.
Desigual es la pelea,
Pero á su valor no bastan
Los cien moros de Aly-Athar
Que decididos le atacan.
Ya una herida en la cabeza
La noble sangre derrama
Del cristiano valeroso

Que dos horas peleaba,
Cuando una nube negruzca
Dejó á oscuras la campaña.

IV.

Aly-Athar suspende entonces
La encarnizada batalla,
Y al cristiano como amigo
Le dirige estas palabras:
—«Sois, jóven, noble y bizarro,
Y bien mereceis la dama
Por quien derramais la sangre
Por quien la vida os jugabais.
Siempre tuve á los cristianos
Simpatías desde el alma,
Y quiero ser vuestro amigo;
pasad, pasad á mi estancia
Donde sereis bien curado,
Y os daré vuestra cristiana;
Mas vuestro nombre...»

—«Me llamo

Don Pedro de Valderrama,»
Dice el cristiano, pasando
Al interior del alcázar.
Allí le atajan la sangre
Que su cabeza arrojaba.
Aly-Athar ordena al punto
Que bajen á las esclavas
que robaron, y al momento
Le son allí presentadas.
—«Dejadnos solos aquí.»
Con tono imperioso esclama,
Y obediénte y sumisas
Todas sus gentes se marchan.

V.

Apenas se quedan solos,
Fuera de sí, Valderrama
Besa la mano suave
De la jóven rubia y blanca,
Y así la dice:

—«Isabel,

Yo soy, yo soy quien te salva,
El que la vida iba á dar
Por tu libertad preciada.»
La jóven ha enmudecido,
No le responde, no habla:
Mas ¡sí, sí! que está llorando,
Y sus lágrimas declaran
Que agradece al defensor
La libertad que la daba.
Aly-Athar dice al cristiano
Que disponga de su amada
Que él se queda con la otra;
Mas Don Pedro la reclama,
Que aunque su amante no es,
Es de su amante la hermana.
Pensativo está Aly-Athar
Y despues de breve pausa,
Saliendo de su silencio,
—«¡Valderrama, Valderrama!
Sabed, dice, que há tres años
Que á esta jóven adoraba,
Y buscando iba ocasion
Propicia para robarla.
Hoy la encontré; pero á un hombre
De un valor que no esperaba
Le dí palabra de honor
De entregarle su cristiana.
Yo á esta mujer celestial
Mi corazón consagraba;
Que me mande, y al momento
Haré lo que mas le plazca.»
Así habla el moro, y la jóven
Le contesta denodada:
—«Escuchad, pues, Aly-Athar
Yo soy Inés de Luchana,
De familia noble y rica,
Pero en todo desgraciada.
Cuando mi padre murió
En defensa de su patria,
Yo quedé huérfana, sola,
Encargada de mi hermana.
Mis deudos me abandonaron,
De lo que ignoro la causa;
Solo este valiente jóven
De nosotras se acordaba,

Solo á vos también veía
Cruzar bajo mis ventanas.
Pero ni esta amó al cristiano
Ni yo á un infiel nunca amara;
Mas hoy este campeón
Por nosotras arriesgaba
Su vida, merece un premio,
Y yo le doy á mi hermana.
También estabais dispuesto
A hacer lo que yo mandara;
Pues bien, si os haceis cristiano,
Vuestra será la que os ama.»
Aly-Athar se arroja al punto
A los pies de la cristiana,
Y le jura convertirse
Por su honor y por sus armas.
Inés, le dice, desea
Salir pronto del alcázar.
Llama á un esclavo, Aly-Athar,
Y apresurado le manda
Que disponga dos caballos,
Que va á partir sin tardanza.
—«¿Necesitareis escolta?»
Le dice el esclavo,

—«Nada,

Voy yo solo á acompañar
A estas jóvenes cristianas.»

Y á poco tiempo el camino
A todo escape cruzaban,
Isabel con su cristiano,
Y el moro con su adorada.

VI.

Alcázar de algunos años,
Dicen, que á poca distancia
De Sevilla pintoresca,
Y en una rústica casa,
Habitan dos familias
Que tiernamente se amaban,
Como amaban á sus hijos
De belleza imaginaria.
Cualquiera conocería
á Don Pedro, á las dos damas,
Y al moro que convertido,
Don Fernando de Luchana
Se llamó, tomando nombre
De su esposa idolatrada.
Mas no siempre están allí
Porque la guerra los llama,
Y ambos defienden unidos
La bandera castellana.
Dicen que de esta manera
Su vida alegre pasaban,
Que siempre fueron felices,
Y así también lo relatan
Las antiguas tradiciones
De la célebre Granada.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

EL DUQUE DE VENDOME

Nació este famoso general en 1654, y apenas tomaba parte en los negocios militares que se distinguió sobremanera. En 1697 tomó la ciudad de Barcelona, y mas adelante, durante la guerra de sucesion prestó inmensos servicios al monarca español Felipe V. Su entusiasmo, su valor, su sangre fría, contribuyó todo para hacer que preponderase la causa de los Borbones, decayendo la de los austriacos, y obligó á estos á retirarse á Portugal. Felipe V llegó á decirle *que le debía la corona*, y esto basta para conocer qué parte tan activa y acertada tomó en los acontecimientos de España durante los primeros años de aquel reinado.

GLORIAS DE LA VIDA.

Venid, vivificad el alma mia
Dulces recuerdos de la edad primera;
Arracad de mi pecho esta quimera
Que seca de dulzura el corazón.

Venid los héroes que brotó la tierra,
Renombres inmortales, venid presto
Combatiendo, el que dice, error funesto,
Que humo las glorias de la vida son.

Ven, amistad, con tus sinceros lazos
Desmintiendo al escéptico cinismo
Que llama al mundo cárcel de egoismo
Y escoria deleznable al corazón;
Ven, tú, mujer, por quien constante y firme
Ardió mi pecho con amor profundo,
Y diga al ver nuestra ventura el mundo
Si humo las glorias de la vida son.

Ven, fama, ven, cubriendo de coronas
La frente del poeta enardecida,
Ven, tú, virtud, la fuente de la vida,
Alentando mi pobre corazón.
Y con fe y con amor, y con laureles
Que ofrecer á las plantas de su amada,
Siempre repita el alma entusiasmada:
Gloria las glorias de la vida son.

ADRIAN VIJES GIRON.

NOCTURNO.

(DEL ALEMAN.)

He soñado con una hija de un rey, que tenía las mejillas pálidas y húmedas: ambos estábamos sentados bajo los verdes sauces, y nos abrazábamos amorosamente.

—«Yo no quiero el trono de tu padre, yo no quiero su cetro de oro; no quiero su corona de diamantes: yo te quiero á tí sola, hermosa flor.»

—«Eso no puede ser, me contestó ella; yo habito en la tumba y vengo á verte solamente por la noche, porque te amo tanto.»

ENRIQUE HEINE.

FRANCFORT SOBRE EL MAIN.

Capital sobre el río Main, que la divide en dos partes, llamadas Francfort y Sachsenhausen, que se comunican por un puente. Está rodeada de una muralla cubierta de árboles y tiene 7 puertas, 16 iglesias, 2 sinagogas y mas de 150 calles. Los edificios notables son la casa consistorial, la catedral, la casa alemana y el teatro. Tiene biblioteca, escuelas, jardín botánico, fábricas e imprentas. En 1815 esta ciudad, que durante algunos años había sido la residencia del príncipe primado de la confederación del Rhin, fue puesta en posesión de sus contiguos privilegios, así como de su territorio, que tiene diez leguas de superficie y mas de 70,000 habitantes.

SONETO.

Al silbido de un pérfido tirano
agólpense al Pirene cien naciones,
escrita la victoria en sus pendones
y mas fieras que el Vándalo y Alano.

Su caudillo feroz, fiero, inhumano,
desde la cumbre muestra á sus legiones
de la España las ricas producciones,
y arrójalos cruel del monte al llano.

Sedientos de saqueo y de lujuria
avanzan en tropel á sangre y fuego
los campos y los pueblos asolando.

El león español tamaño injuria
en Bailen con valor, la vengó luego
el águila francesa destrozando.

MANUEL MARIA GUILLEN.

LAS DOS HERMANAS.

Había en cierto pueblo dos hermanas de facciones muy iguales; pero de muy diferente color.

Una de ellas era blanca, muy blanca; la otra morena, muy morena.

Tenía la primera muchos adoradores; en cambio, nadie se acercaba á la segunda, que

muerta de envidia se encaminaba todas las tardes á la orilla del mar, y allí se lavaba con la espuma de las olas.

A pesar de esto, seguía tan morena como siempre.

Una vez que estaba junto á la playa, vió á un pez recubierto con escamas de plata, y oyó una voz que la decía:

«Si me das la sortijita de tus dedos, yo haré que seas tan blanca como deseas.»

Se la dió la niña, lavóse, y á la luz de la luna se encontró tan blanca como su hermana.

Siete dias le duró la satisfacción; acabados éstos, bajó á la ribera, llamó al pez y le dijo:

«Ya que tanto puedes, hazme mas blanca que mi hermana.»

Frotóse despues con espuma, y se halló tan blanca como la espuma.

Marchóse contenta, mas al cabo de otra semana volvió á llamar al pez de las escamas de plata.

«Pez, el buen pez, que tanto puedes, quiero ser mas blanca que la espuma.»

Saltando entróse en su casa, pues un arroyo que allí cerca habia la contó que era tan blanca como la nieve.

Pasada otra semana se dirigió otra vez á la playa, y así habló al pez de tanto poder y belleza.

«Pez, ya que tanto puedes, haz que sea mas blanca que la misma nieve.»

Lavóse mucho, mucho, y á la luz de las estrellas miróse en el agua.

Pero ¡ay! se encontró aun mas negra que la pez.

MELCHOR DE PALAU.

DELIRIOS.

El amor que te tenia
fue sombra vana que huyó,
dejando en el alma mia
vergüenza y melancolía
por lo mucho que te amó.

Sé que enojada dirás
que te estoy faltando así,
pero pronto convendrás
en que estás bien donde estás,
estando lejos de mí.

Porque es tal el vago anhelo
que en mi corazón abrigo,
que con atrevido vuelo
quiero huir hasta del cielo,
por no encontrarme contigo.

Y no es odio, ¡no, por Dios!
siempre que el alma encendida
va de su ventura en pos,
á ella siempre encuentra unida
la ventura de los dos.

Siempre que allá en mi memoria
cual bella sombra resbalas,
se alza el alma de la escoria,
y hácia el templo de la gloria
tiende atrevida sus alas.

Por eso en mi afán profundo
te miro y me espreso así;
yo aspiro á un bien sin segundo,
y si se encuentra en el mundo
quiero encontrarlo sin tí.

Quiero libre mi albedrío,
quiero matar mi pasión,
quiero encender tu desvío...
quiero, en fin, mi corazón,
que no es tuyo, sino mío.

¿No ves que esa esclavitud,
llamada amor por mal nombre,
es hipócrita virtud,
es traidora ingratitud

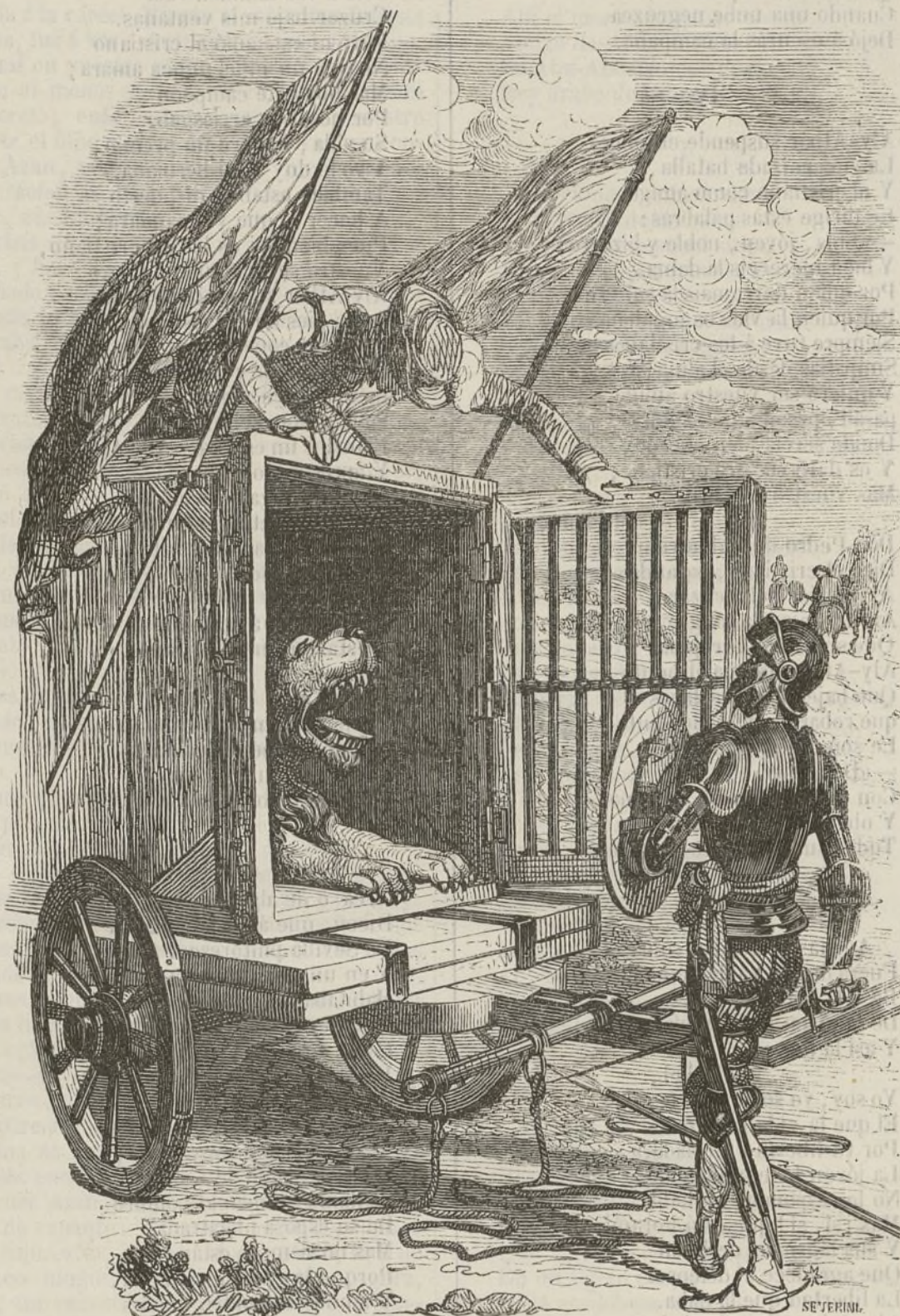


Lámina de muestra.—Don Quijote desafiando el león.

á la dignidad del hombre?

¿No ves que por ella loco
aspira el alma á un placer
que me bastaría si le toco,
y me hace tener en poco
tu bella imagen, mujer?

¿No ves, en fin, que yo anhelo
todo un cielo de pasión,
y que es mezquino ese cielo
cuando no se tiende el vuelo
en alas de la ilusión?

¡Ah! déjame, deja á un alma
que ante amor tan vil se aterra,
que pierde airada la calma
cuando siente que se empalma
su bien con el de la tierra.

Deja que esquivé la suerte
que embellece tal mentira,
mira que comprende al verte
que en el Eden á que aspira
no hay mas verdad que la muerte.

Y siendo tú de los dos
ángel de su amor materia,
de mis delirios en pos

no quiere hallar junto á Dios
recuerdos de su miseria.

MANUEL VALCÁRCEL.

PUBLICACION BARATÍSIMA.

Creíase que se habia llegado ya al non plus ultra de la baratura y escelencia de las ediciones populares con todos los libros que hasta aqui llevan publicados los editores Gaspar y Roig; pero segun han juzgado diversos periódicos la nueva edicion del *Quijote* es una prueba de lo mucho que aun puede hacerse en este género, porque dar por 25 reales un tomo con la obra inmortal de Cervantes, con numerosas notas é ilustraciones, el *Buscapie* y mas de 300 grabados como el que publica hoy en esta página el *Semanario*, es en efecto prestar al público un servicio fabuloso y llevar la instruccion y recreo hasta los mas humildes y pobres hogares.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable. Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochno, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.